

Un Escritor de Verdad

Por Emir Rodríguez Monegal

SEIS capítulos bastan a Jorge C. Trulock para presentar en profundidad las andanzas de Julián, el protagonista de *Las horas* (*). Es un muchacho madrileño que vive pobremente y trabaja como mandadero en un garaje. Pero no trabaja todos los días allí y hay días incluso en que no trabaja en ningún lado. Julián tiene un punto de partida que es el garaje y desde donde se lanza a la aventura cotidiana que es Madrid. En esa aventura otras ocupaciones le salen al paso: entretener a una lechera a la que pesa un poco la soledad (el único episodio realmente erótico del libro, y de mano maestra), la búsqueda de un taxi, o varios, para señores que llevan un portafolio debajo del brazo y están siempre terriblemente apurados, acompañar a un amigo hasta la casa de apartamentos en que se ofrece un cochecito de segunda mano para niños. Esas y otras aventuras alternan con peripecias aún menores pero que el autor describe con fruición y gracia: estar sentado en un banco de plaza y escuchar el diálogo de los vecinos, el requiebro de soldados y criadas, el parloteo inane de madres y niños; entrar a una fonda a comerse un puchero a la española, con chorizo y todo, por una ínfima suma (en el menú) que en el momento de pedir la adición aparece robusta; tomarse un par de vasos de leche en otra lechería y compartir el diálogo, de frases hechas, con que un par de viejos van matando las horas.

Porque el verdadero tema del libro son las horas que pasan y no pasan, que se deslizan con una serenidad y una calma aterradora, que tienen peso y densidad, son objetos luminosos y cálidos, viven, nos viven, duran. El episodio con la lechera es magistral en esa densidad del tiempo. Un par de capítulos necesita Trulock para contar lo que cabe en una línea: que Julián entra a la lechería a orinar, que la mujer lo invita a quedarse trabajando con ella, que le da un almuerzo, que duermen una siestita breve (cada uno por su lado), que cierran la lechería en la calurosa tarde, que se hablan y casi se tocan en los oscuros corredores de la casa, que Julián casi acepta quedarse para siempre, que no se queda.

El verdadero protagonista del episodio no es esa mujer madura que desea al joven pero no se atreve a decírselo, no es el joven envuelto en la sensualidad que emana de la mujer como el calor se desprende de las pacientes vacas. Son las horas en que esos dos seres torpes e inocentes (aunque de distinta manera inocentes) tratan de acercarse, están a punto de unirse y en definitiva fracasan porque no son bastante sutiles (como para crear o inventar un vínculo propio) o no son bastante expertos (como para usar cualquiera de las fórmulas sabidas).

Aparentemente Trulock utiliza el esquema picaresco: un muchacho que rueda por el mundo y al que le suceden cosas. Desde el *Lazarillo de Tormes* (allá por el 1550) el esquema ha conocido las más variadas fortunas. Lo usó Cervantes y lo usó Goethe (*Wilhelm Meister*), lo usó Fielding y lo usó Sterne. Ahora lo usa Trulock. Y la mención de Sterne no es mera debilidad anglofílica. Porque como el sagaz autor del *Viaje sentimental*, Trulock es un maestro de lo que no fue. Sus pequeñas anécdotas se levantan hasta el punto en que algo tiene que pasar y no pasa. Ese delicado sentido de la frustración —que Sterne llevó a sus extremos más cómicos e irritantes— introduce una deliciosa melancolía en esta novela.

Y permite entender por qué *Las horas* no es una novela picaresca de verdad. Aquí no hay realmente personajes ni anécdota. El esquema lineal no es un pretexto para que el autor se desentienda de la intriga dramática y se complazca en mostrar su invención en la larga galería de tipos con que distrae a su lector. Trulock sólo crea un personaje: Julián, aunque a éste sí lo crea entero por el método de las sucesivas revelaciones, cada vez más hondas, cada vez más iluminadoras.

En las primeras páginas Julián es un inocente angélico, un tonto, y nada más. Pero después que lo vemos sortear las trampas del sexo (Calipso), del estómago (Circe) y hasta de las formas más estúpidas de la convivencia humana (tantos Escila y Caribdis), o de las más plenas (el rey Alcinoo, redivivo en una humilde pareja de lecheros) entonces descubrimos que cual otro Ulises, Julián ha ido revelando —casi sin saberlo, con una discreción realmente británica— unos fondos del alma que son (para qué negarlo) muy pero muy españoles. Y aquí entra el otro tema profundo del libro: Madrid.

Es un Madrid que no se parece en nada al neogrisimo de Camilo José Cela en *La colmena*. Este es un Madrid dorado y luminoso, hecho de seres cuya maldad no llega más allá de decir una palabra gruesa o pretender cobrar más de lo debido por un cochecito de niño, o de la chuscada de pedir por teléfono una barra de acero para una dirección que es un baldío. Hasta los ricos

son más estúpidos que ambiciosos, más inocentes de su mediocridad que despoías. Es un Madrid pobre hasta la misma hilacha de la miseria pero sin agruras de ninguna especie. Porque está hecho de amor.

El amor con que Trulock lo ve, desde los ojos de amor de Julián.

Lo curioso es que Trulock es hermano de Cela.

Y no estoy empleando una metáfora crítica. Es hermano carnal. *Las Horas* es su primer novela larga. Nació en 1932, el 23 de diciembre, así que anda por cumplir los 26 años. *Las Horas* es de sus veinticuatro años. Por una fotografía que reproduce la solapa, Trulock no tiene más motivos que su hermano (feo, si los hay) para ser optimista. El libro en cambio es un libro de optimismo. Y de verdad. Porque en ningún momento el autor se deja decir que el mundo es perfecto, ni siquiera que es el mejor de los mundos imposibles. Pero sí permite entrever que el mundo es el mundo y que es posible amarlo, aunque se parta de cero, como Julián. Que se parta de la miseria, de las monedas muy bien contadas, de los oficios más despreciables, de la mendicidad disimulada.

Es un mundo adolescente, es cierto. Julián roza todos los problemas pero a diferencia de Ulises (que era padre de Telémaco no se olvide y un señor ya madurito aunque de buen ver) no toca ninguno. Julián es Adán antes de la manzana, muy curioso en recorrer su paraíso y muy ávido de tocarlo todo con los ojos. Pero su única bebida es la leche y su única compañera en la cama la fría noche. Julián, sin embargo, tiene razón. Porque su mundo no es sólo el mundo de la víspera de la experiencia. Es también el mundo de la experiencia impersonal. Lo que nos lleva a una consideración más detenida del libro.

Hay un ave que Trulock se esfuerza por cazar con sutiles métodos. Es el alma española de la clase popular. No lo que los panfletistas políticos suponen que es esa alma, ni la que se trata de tocar desde el púlpito o desde el balcón del municipio o alcaldía. Es el alma de verdad de una gente que vive su vida con la misma impersonalidad con que se la vivía en los tiempos ahistóricos. Un repertorio de lugares comunes, de ideas comunes, de pensamientos comunes, recibidos por tradición oral constituye la fuente de su habla y de su pensamiento (si cabe hablar de pensamiento). Ese repertorio es una fuente inagotable a la que se viene a buscar, una y otra vez.



Hermano de otro pelo.

no sólo las palabras con que se dice buenos días o se saluda al desconocido o se despiden el duelo o se pelean los enamorados. Se viene a buscar toda una visión del mundo y una norma de conducta para la vida personal. De ese modo lo que sucede a cada uno no es considerado, juzgado y vivido en su singularidad, sino de acuerdo con una norma más general y previa que encaja el caso nuestro en la categoría universal a la que pertenece. Y entonces sabemos que una muerte nos entristece y un amor traicionado hiere. Y sabemos que un vaso de leche se bebe de a sorbitos chicos, no sólo para prolongar el gusto sino para corresponder a la cortesía de quienes lo han servido.

Por eso, Julián como centro protagónico de la novela, es menos importante que Madrid como mundo. Y como agonista del muchacho, Trulock no levanta los personajes secundarios del jefe o la lechera, sino ese personaje colectivo que está compuesto de todo Madrid en las calles, hablando y jugando, haciendo el amor o filosofando impersonalmente en el largo invierno de la vida. Las horas pasan y las vemos vivir y nos viven. Nuestros gestos repiten antiguos gestos, nuestras pasiones reestrenan las ya gastadas por el tiempo. No hay originalidad alguna y todo es siempre igual, como las horas.

Por eso es tan importante el método narrativo con que Trulock muestra, casi siempre fundidos y hasta confundidos, las acciones de su héroe con las del coro y con el mero suceder de la naturaleza. Y a los hechos reales, los gestos de verdad y las palabras realmente pronunciadas por Julián, se suman los gestos, los hechos y las palabras reales o posibles o meramente hipotéticas de todos aquéllos con quienes se cruza el muchacho. Porque esos otros seres llevan en su fugaz contacto con Julián toda la virtualidad de unas vidas que el narrador no tiene tiempo de analizar pero que no por eso son menos reales, menos activas, menos existentes, que las que sí detalla la novela.

De ahí que el coro se multiplique infinitamente —a veces no sabemos (nadie ni Trulock sabe) si el niño que juega se llama Pepito o Juanito, pero sea Pepito o Juanito es indudable que se llama y que es, y que si no él mismo, el niño de al lado, o el de la otra cuadra, o el de otro siglo, se llamó, se llama, se llamará, Pepito o Juanito, en alguna hora de las horas no contabilizadas aquí. De ahí que el fondo de vida de la novela tenga una resonancia infinita y parezca introducirnos en la misma sustancia de un mundo que es Madrid, tan cierta e inevitable ciudad en sus páginas como la tenebrosa Dublin de otro Ulises.

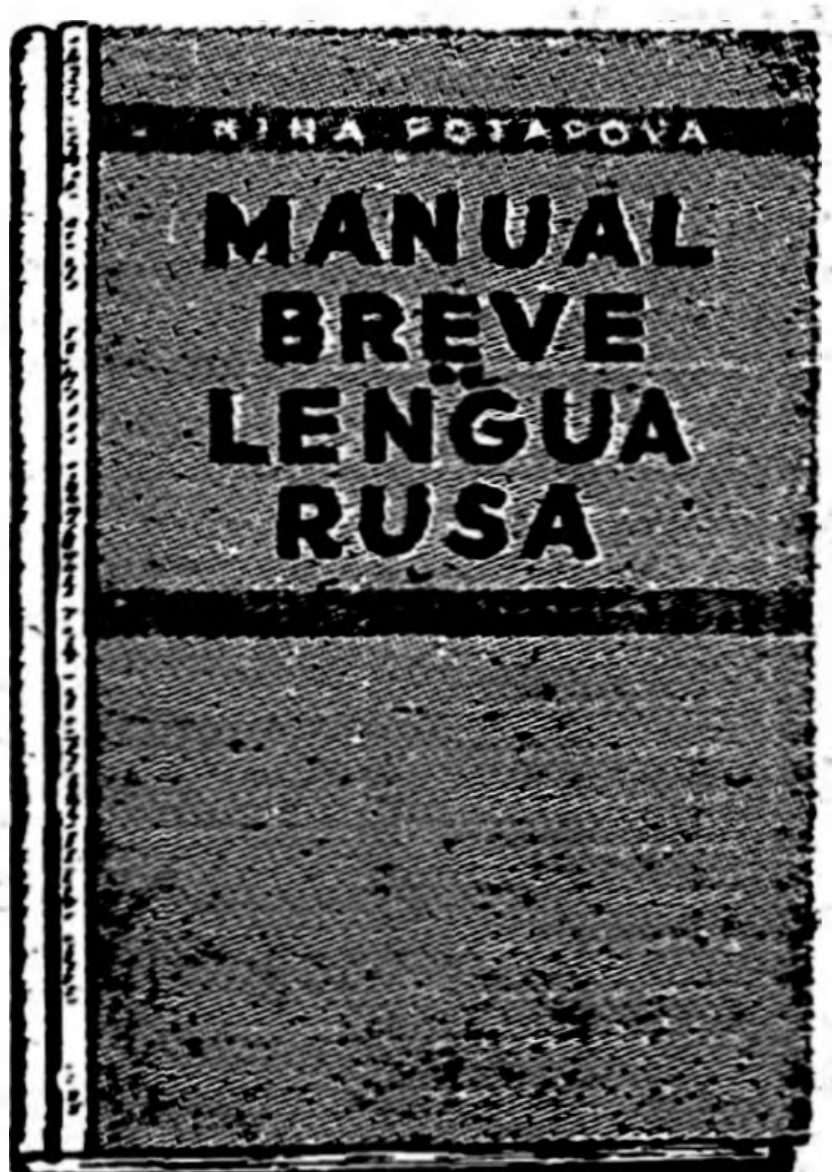
¿Ulises sin sexo? Trulock parece demasiado culto, y escribe demasiado bien para que un crítico lo pueda creer inocente de haber leído a Joyce, o en su defecto, a algún expositor de Joyce. Pero si lo ha leído, lo ha asimilado tan pero tan bien, que su novela puede darse el lujo de repetir el esquema más extenso de la célebre aventura de Leopold Bloom, o el de la otra aventura más antigua de Odiseo, sin que esos ilustres precedentes la ahoguen. Porque Trulock trabaja a otra escala: la suya. Una escala en que la visión exterior (el pintoresquismo tan hispánico, tan superficial) está sustentada en una visión profunda de la vida que corre y se repite interminable bajo la superficie dorada de las horas de esta pobre gente en Madrid.

(*) JORGE C. TRULOCK: *LAS HORAS*. Barcelona, Ediciones Destino, 1958, 233 pp.

Apareció

MANUAL BREVE DE LENGUA RUSA

por Nina Potapova



Este manual, destinado para el primer año de estudio, consta de 73 lecciones. Cada lección se compone de:

- a) diversas explicaciones gramaticales, en las que, en casos necesarios, se establece una comparación con la lengua española;
- b) textos sobre diversos temas;
- c) el vocabulario correspondiente acompañado de las notas y advertencias sobre el empleo de las palabras de la lección;
- d) ejercicios para consolidar y activar el material estudiado.

Después de las lecciones, se da asimismo una parte complementaria no muy extensa de textos de lectura, compuesta por fragmentos literarios, poesías y canciones.

Completo, en un volumen de 400 páginas.

Precio del ejemplar: \$ 8.00

Envíos al interior contrarrembolso

EDICIONES PUEBLOS UNIDOS S. A.

Tecámaco 1404-1500 - Teléfono: 4.20.91